



PISOMANIA

LA SED de vivienda se está convirtiendo en una verdadera obsesión en nuestro tiempo y por nuestras latitudes. Las personas de toda condición económica y mental, los claros y los oscuros, los cortos y los audaces, los aventureros y los nómadas, han dado en el deseo de tener unas habitaciones propias en la ciudad, en el campo y en la playa. Viven en la calle, en la oficina, en el taller o en la fábrica y tienen el hogar únicamente para dormir con el tiempo justo. Trabajan todo el día y parte de la noche para poder vivir con decoro, para poder pagar el televisor, el frigorífico y demás aparatos domésticos imprescindibles en nuestros días; pero necesitan un apartamento en propiedad para no ser menos que el vecino que lo tiene, aunque tenga que descansar velando a un garage. Se impone el piso. Lo tienen los limpiabotas, las actrices, los boticarios, las mecanógrafas, los empresarios, las princesas, los mozos y las solteras de todo el mundo. La pasión del piso se percibe en las tabernas, en las cafeterías, en el barrio popular y en los jardines públicos. Como el pánico y la histeria se trasmite de uno en otro, de otros a muchos y pronto el contagio es una epidemia universal que margina con desprecio a los cuatro gatos que no tienen las cuatro líneas de un plano

para echarse a la imaginación, para especular con un cuarto de aseo, un dormitorio de película, o el cuarto ese para recibir. No pueden dormir, no saben si podrán comer, no tienen tiempo para la conversación, no saben de qué podrán hablar el día que les falle el tema del piso; pero precisan de todo esto como del aire que respiran. Sufren unos salarios de cientos de pesetas. Hablan de miles, de cientos de miles, de casi millones de metal. La fiebre del ladrillo, el delirio del hierro y del cemento, el montacargas y la decoración han puesto al rojo intenso a las más frágiles criaturas, y es raro, rarísimo, encontrar por ahí a alguien que no tenga por sus venas la imagen de un albañil, la sombra de un arquitecto o aparejador, dibujándole un sueño. No el trigo ni la oliva, ni el ideal o el amor despertaron nunca semejante apetito. Se hipotecan sueldos futuros, reposos del porvenir, por alcanzar esta meta. Se compran promesas, se venden proyectos, se comercia con el aire y con el sol. Se juega al piso como a la lotería, como a la ruleta, con la emoción de conseguirlo aunque sea perdiendo. Podemos afirmar que este deporte es el que goza del mayor número de adeptos en el mundo actual.

MANUEL MOLINA

El paseo

Uno echa a andar por el camino hondo que llega hasta las viñas del monte. Atrás se van quedando los pequeños ruidos de la casa, las voces de los niños, el picotear de las gallinas en la era, la voz antigua y rumorosa de la abuela hablando con los mayores. A lo lejos, demasiado lejos para que pueda interrumpir los pensamientos que siempre acompañan al caminante, alguna voz, alguna risa de mujer de las que vendimian, con un sombrero ancho calado casi hasta las cejas, debajo del cual una tela, a modo de siroquera, les protege del sol caliente del verano.

La mañana, en medio del camino, en medio del campo solitario, se hace más ancha. Entonces, el caminante escucha

sus pasos como ruido más próximo. Y la propia respiración. Después, un piar jubiloso de pájaros, alguna cigarra cuyo canto le persigue sin saber calcular nunca su proximidad o lejanía, tal como si estuviera en todas partes. Y lo demás, lejano. La voz de un pastor en el monte que llega envuelta en la brisa, con el sonar apacible de alguna esquila, unos ladridos de perro, el rodar de un carro invisible por algún camino pedregoso y alguna vez, desde la otra parte de la sierra, el pasar de un tren cuyo sonido se agranda en la oquedad del valle y le llena de nostalgias de nuevos horizontes.

Se camina sin esperar nada, o como si se esperara todo. Con la seguridad de no sorprender-

A grandes males...

«Nueva subida del precio del aceite! ¿A dónde iremos a parar?» (De la calle, del vulgo...)

¡Oh, Mar, oh, Mar —que no (es moro— que viste colar colones de otros tiempos y razones...! ¡Cómo tu pasado añoro...! Por ti mi verso sonoro al evocar se acongoja; mi lira su son afloja; y, nostalgia de un rubor, mi ramo de olivo en flor se de... soja, se de... soja...

NITO

se de ninguna cosa humana en esta paz donde parece todo previsto. Más arriba, las mujeres vendimiarán. Los racimos crujientes y esplendorosos de uva pasarán por sus manos oírosas de vides, jugosas de pámpanos, irán llenando de «valenci» negro los grandes capazos, que luego se vaciarán en la cuba para convertirse en vino. El tío Antón, junto al carro, en un extremo de la viña, irá preparando la carga para emprender el camino hacia la bodega, el encargado vigilará y dirigirá el trabajo, y entre el rumor laborioso de colmena de la cuadrilla ascenderá de cuando en cuando una risa fresca y jugosa, que se perderá retumbando por la pinada de la cumbre, muy cerca de los bancales.

Pero en la soledad del caminante, también puede esperarse todo. También puede ser que, mientras con el ligero bastón levante una pequeña piedra, sentado bajo la sombra frondosa de algún algarrobo, deje al descubierto un hormiguero y se extasie contemplando el ir y venir apresurado de las trabajadoras hormigas, y su quehacer laborioso le haga pensar, meditar, y acabe encontrando a

De tí, Miguel

(Poema elegíaco dedicado a Miguel Hernández)

No tuvo primavera
aquel año tan triste.
Todo —por todos— en el mundo era
una sombría negación helada
pues nada fue, desde que todo existe,
junto a todo, más propiamente nada.

Así quedó cegada
la fuente pura de la luz fecunda
donde el alba bebía.
Y al morirse de sed, fue la profunda
y negra sima de la noche, el día.

La eterna vagabunda
trazaba por las sendas tenebrosas,
su ictericia, letal, perpetua danza,
las huellas de sus pasos eran fosas,
y sus giros, destal de la venganza.

Laberinto de vías dolorosas
con guijos de puñales en el suelo,
fue, Miguel, para ti, la noche oscura.
Sin hilo de Arladna por consuelo,
volaste con tu pena hacia la altura
para hallar en el cielo aquel sin cielo,
tu calle de amargura.

¡Oh, tu vida, qué cruz pesada y dura!
¡Oh, qué muerte tu vida!
¡Qué terrible aventura
proseguir la subida
del Gólgota que habrá de enmudecerte,
con la cruz de tu vida dolorida
y sin más cireneoque la muerte!

No, no sufriste ninguna caída.
Tú eras barro cocido con abrojos,
con alas de cristal para elevarte.
Al forzarte a vivir siempre de hinojos
te rompiste, incapaz de doblegarte.

Traspasado te vi, de parte a parte,
por clarines de alertas, solitario,
entre sombras de cruces, mudo, inerte.
Teniendo por sudario
un silencio sonoro,
y por alto pavés de gloria y muerte
una tensa y sangrante piel de toro.

Marchaba tu cortejo funerario
por un ocaso de oro,
llevándote en volandas.
Sonaban corazones enlutados
redoblando su pena ante tus andas
que flotaban seguras y triunfales,
sobre cráneos rapados.

¿Qué importa que las losas sepulcrales,
hechas mármol de olvidos calculados,
cubrieran, con tu cuerpo, tu obra entera,
si los frutos del alma así enterrados
germinan al llegar la primavera?

¿Qué importa, si tu ejemplo es a manera
de un hogar entrañable y emotivo
cerrado al odio, a la amistad abierto?
¿Qué importa si tu nombre redivivo
humilla a quien lo quiso redimuido?

Volverás a tu casa y a tu huerto
por la senda lilial de las auroras.

Pastorearás amores
desde el cálido centro de tu esfera.

Y sin trabas de muros y de horas
cubrirás tú, Miguel, de juncia y flores
el año que no tuvo primavera.

L. GIMENEZ ESTEVE

Agosto, 1964.

CASA

HUELE mi casa a yerba campesina,
a fragante romero y a tomillo,
a cielo gris que sale del anillo
lunar de anaranjada mandarina.

Huele mi casa a sol, a sal vecina
del mar que está vestido de su brillo,
a campo entreverado de amarillo
trigo que huele al blanco de la harina.

Huele mi casa a pan, a pan, a pino,
a pequeño retiro campesino
que a su propio silencio se congrega.

Huele a estival sandía bien abierta,
a brisa entre-dormida, entre-despierta
en la tierra desnuda por la siega.

M. M.

Dios en el fondo de todas las cosas.

Y que cuando reanude el camino, encuentre más jugoso el verde de los almendros, más brillante el sol de la mañana, más lejanas las voces, los ruidos, y más próximo, rozándole enteramente, mojándole mila-

grosamente la frente, y los ojos, y las manos, un viento leve, una suave brisa repleta de ternuras, y la sensación inefable de una mano sobre sus hombros, que le infunda seguridad infalible a sus pisadas.

VICENTE MOJICA